



# CALÍNEZ

Heredero de la jefatura del partido liberal  
**Semanario satírico**

SE PUBLICA LOS MIERCOLES

DIEZ CENTIMOS el numero

ADMINISTRACIÓN

Colmenares, 7, bajo izquierda

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid, trimestre . . . . .	1,50 pesetas
Año . . . . .	6
Provincias y Portugal, semestre . . . . .	4
Extranjero y Ultramar, año . . . . .	16
Número atrasado . . . . .	0,25
25 ejemplares . . . . .	1,50



## ESCENA MADRILEÑA DE ACTUALIDAD



COMEDOR DE LA CARIDAD.—Esperando la sopa.  
 (De un dibujo de «La Ilustración», vuelto á fusilar por Calínez.)

## Miércoles de Calínez

—¿No sabe usted lo que he descubierto, querido Sr. Calínez?

—Sí, amigo Michigánéz; ha descubierto usted para que sirve el duque de Almodóvar.

—No tanto, mi buen señor. Si yo hubiese descubierto lo que usted dice, reíríame á mandíbula batiendo de aquel inventor apellidado Daza, que después de descubrir el tóxico se perdió á sí mismo y le andan buscando pregonándole en la cuarta plana de los periódicos. Mi descubrimiento es en realidad muy importante, pero no llega al de saber para qué sirve el duque de Almodóvar ó sea el tóxico de Estado.

—Pues dígame usted de una vez, que se parece á Sagasta en tiempo de crisis.

—Algo me daría D. Práxedes por la confianza que a usted voy á hacerle! Pero allá va sin más requilorios. Me ha dado estas tardes la manía, señor Calínez, de pasear por las afueras de la población.

—¿Estudia usted el matute ó se ha hecho amigo del general Borbón, diputado de Francia y rey por las afueras de la misma?

—No, señor; sigo sencillamente las corrientes descentralizadoras que están de moda en nuestra política. Ningún madrileño que se estime debe permanecer hoy estacionario en la Puerta del Sol ó en la Carrera de San Jerónimo. La descentralización se impone; informa todos los programas y constituye el lema de todas las banderas y pendones. ¡Descentralicémonos! claman los hombres públicos y los periódicos populares, y cada uno se descentraliza como puede; Núñez de Arce haciendo en casa de Fe versos retrospectivos, y yo paseando por las afueras. Eso sí; puedo asegurarle á usted, que casi olemos lo mismo. Pues bien, ilustre Sr. Calínez; en uno de esos paseos descentralizadores que me han impuesto las corrientes políticas modernas, he visto cierta tarde una cosa, cuyo recuerdo me llena de horror.

—¿Un matadero clandestino del Salón de Conferencias?

—Algo peor que eso; he visto en un coche de punto, y paseando por la ronda, á D. Francisco Silvela y al general Polavieja, con las cortinillas del coche echadas, el jamelgo al paso y el simón con gorro.

—¡Dios mío, Sr. Michigánéz, qué inmoralidad! ¿y dice usted que iban por la ronda?

—Sí, señor.

—¿Por cuál?

—No puedo recordarlo en este momento.

—No importa; de todos modos es indudable que estaban rondando el poder. ¿Qué número tenía el coche?

—Tampoco puedo decirlo, pero pasaba del ciento.

—¿Por qué llevaban las cortinillas echadas?

—Indudablemente por lo que padeció en el ojo el general Polavieja.

—¿Y cuál era la postura de los dos ilustres rondadores?

—¡Ah! Sr. Calínez; no pude fijarme en tanto; ¡pero su conjunción es un hecho!

—¿Qué diría si lo supiese la bendita de Sor María de Agreda! Vendrían de merendar como dos tórtolos de las Ventas del Espíritu Santo.

—Sí, señor; y es posible que se comieran hasta la paloma, porque estos reaccionarios son capaces de dejar en los huesos al Espíritu Santo.

—¡Ay! Sr. Michigánéz; terrible descubrimiento el suyo; dos políticos en simón, las cortinillas echadas, el jaco al paso y el cocherito cerrando los ojos en el pescante, ¡algo gordo va á pasar aquí! Corro á avisárselo á Sagasta.

—No le recibirá á usted; ha estornudado esta mañana cuando se ponía las zapatillas.

—¿Y eso qué importa?

—Importa muchísimo, Sr. Calínez. El día que D. Práxedes estornuda no puede ocuparse de nada, y así se hunda la nación, él no ve más que á Merino, porque es tela de abrigo y además yerno, y le hace sudar por esos dos conceptos. Anteayer iba á ir don Práxedes á Palacio, pero estornudó y no fué. Hoy también ha estornudado y no puede, por consiguiente, ocuparse de nada. Lo único importante que hay en la nación son las narices del presidente. ¡Si se les cae el Meco famoso, estamos perdidos!

—Eso no, amigo Michigánéz; si D. Práxedes desistió de ir á Palacio el día que usted dice, no fué por propio designio, sino porque le avisaron por teléfono que en vista de la crudeza del tiempo retrasara su visita. Este aviso llenó de júbilo á los liberales, quienes dedujeron, con muy buen juicio, que en altas regiones se guarda á Sagasta para los días de sol, lo mismo que las sombrillas. Es, pues, un gobernante de verano, cosa que ya habíamos sospechado todos, pero que ahora ha tenido su confirmación más absoluta.

—No interpeto yo tan favorablemente como esos liberales el consabido aviso telefónico. Si le dijeron á Sagasta que atendiese á su salud y no fuera á Palacio, es, ó no hay lógica en el mundo, porque en éste corrían muy malos vientos para él. De otro modo le hubieran dicho: «Venga usted por aquí con toda la cuestión de confianza, pues le tenemos preparado un gabinete muy abrigadito y que ha de gustarle mucho». ¿No es esa su opinión de usted, Sr. Calínez?

—¡Caramba, amigo Michigánéz, todo podía ser! Estas cosas de la política no las entiende por completo ni el mismo Sr. Mesa y Mena, para cuya potente inteligencia no hay cajón de su apellido oculto. En fin, poco hemos de vivir ó ya veremos cómo se desenvuelve todo este lío político. Ahora salen algunos diciendo que no hay crisis y que D. Práxedes tiene el pensamiento de presentarse con el actual Gobierno á las Cortes.

—A mí no me extraña nada, Sr. Calínez, que la gente dude de si hay ó no crisis, porque desde que nos gobierna Sagasta aquí no se sabe nada de cierto. D. Práxedes ha estado enfermo, ¿pero qué enfermedad ha padecido? Todavía no lo sabemos. Unos decían que era un catarro pulmonar; otros que un constipado crónico en forma aguda; otros que una bronco-neumonía nada menos, y otros que eran ganas de estarse en la cama. Los médicos no se pusieron de acuerdo ni en cuanto al diagnóstico ni en cuanto al pronóstico, porque este doctor le consideraba grave, el otro le tenía por difunto y aquel le mandaba á pasear por la Moncloa. Pues con todas esas discordantes y opuestas opiniones, Sagasta se ha puesto bueno, si es que estaba malo, cuando ha querido; salió de su casa cuando se le antojó, estornuda cuando le da la gana y tiene mejor color que antes de que le sentenciaran los médicos. Por eso me río yo de los que dicen que hay crisis y de los que afirman que no la hay. ¡Todo será lo que don Práxedes quiera! España es un catarro para él, y él manda como le place en sus catarros. Porque no le quepa á usted duda, Sr. Calínez, después de muchas revoluciones y de varias conquistas democráticas, el único resorte de Gobierno que perdura en la nación es la tos de Sagasta. ¡Todo lo demás son discursos de Silvela y armas al hombro!

## ¡TODO ESTÁ IGUAL!

Van de aquí para allá los periodistas gastando de papel más de una resma, se alegran los incautos silvelistas y algunos fusionistas ponen cara de viernes de cuaresma... ¡Hay crisis!... Tal se escucha desde el ardiente hasta el helado polo, y la gente preparase á la lucha, éste se desanima, aquél se engríe... ¡Y mientras tanto, Práxedes se ríe arrojado en la cama! ¡Vaya un trucha! ¡Qué ha de haber crisis!... ¡Callen los ilusos que hablaban, presumiendo de adivinos, de regeneración, nuevos caminos, energías, valor... y otros abusos! ¡Aquí no pasa nada! Nadie empuja, ni hay corazón para asaltar la brecha: Sagasta nos conoce y se aprovecha... ¡todo está igual!—que cantan en *La Bruja*. ¡No habrá poder humano que nos libre del poder de la gente financiera! (Almodóvar dirá: gobierno á *sui vive* (1); una continuación, dirá Aguilera.) Seguiremos, por tanto, á lo que veo, por el mismo camino, pues quiere demostrarnos Don Mateo que él, impedido y feo, es de verdor perenne, como el pino. A ir tirando otra vez se compromete el Fresco á quien cantó la rotativa, por eso el gabinete asistencia tendrá... facultativa. Y por eso, tomando á la ligera una breve inyección de democracia creará una cartera de mucha novedad: la de Farmacia. Como el país con poco se conforma tal creación será aprobada en *ge...* (2) ¡Por hoy no hay nada más que esta reforma, sin contar *La Reforma* de Comenge!

## VIDAS PARALELAS

### LOS DOS DOLIENTES

Ocioso es decir que CALÍNEZ, metido á Plutarco, se refiere en estas líneas á D. Enrique III el Doliente, rey de Castilla, y á D. Práxedes I el Doliente, señor y dueño del mismo territorio y de unas pocas tierras más que se ha dado el gustazo de perder para asemejarse más al hijo egregio de D. Juan I y de la reina doña Leonor.

Todas las comparaciones son odiosas; pero á fe que D. Práxedes no tomará á mal que le comparemos nada menos que con un monarca de la Edad Media. Como anticuado y medioeval, allá se las ha D. Práxedes con el famoso rey de Castilla, y en cuanto á condición y carácter, el pío lector apreciará si pueden aplicarse al Doliente de ahora las siguientes palabras que el P. Mariana aplica al Doliente del siglo XIV:

«En todas las cosas que hacía y decía se sabía aprovechar de la maña y del artificio.»

Perdió aquél la salud en edad temprana con gra-

- (1) Por si alguno deduce del *sui vive* lastimosas consecuencias sepa que aquí mejor que en las agencias se habla el francés, se escribe y se traduce.
- (2) ...neral. No cabía. Sabido es que *general* no suele entrar en ninguna parte. (N. de J. C., es decir, *Nota de Jackson Capuz*. No vayan ustedes á figurarse alguna impiedad.)

ve perjuicio para su real persona y para el éxito de sus empresas; pero este Doliente, mucho más astuto y avisado que el primero, no es víctima de sus achaques, sino más bien aliado de ellos, para poder aplazar y diferir lo que en plena salud debiera tener solución y desenlace inmediatos.

«Fue—añade Mariana—Enrique III de apacible condición, afable y liberal.»

¡Hasta liberal! El parecido no puede ser más exacto, y con tal palabra viene á indicar el historiador que si en esta época viviera su egregio biografiado sería un sagastino más, presidente de comité, consejero de Estado ó senador vitalicio.

Ninguno de ambos Dolientes han hecha gran caso de las Cortes, porque refiere la historia que las Cortes de Castilla renunciaron en favor del tercer Enrique al máspreciado de sus derechos y le autorizaron á imponer y recibir el resto del subsidio que necesitaba sin necesidad de convocarlas de nuevo.

El *bill de indemnidad* era, pues, cosa corriente y conocida, aunque acaso con otro nombre más sonoro en el siglo XIV, aquel siglo que D. Enrique III vió terminar desde el trono como verá desde el poder terminar el presente D. Práxedes, si Dios le da salud, mejor dicho, si Dios no se la dá, porque en la falta de ella está el asiento de este soberano inconvencible, cuyo manto real es la manta de la cama y cuyo cetro es el termómetro clínico.

«Mas temo las maldiciones del pueblo—dicen que exclamaba Enrique el Doliente—que las armas de los enemigos» y vive Dios que á fortaleza de corazon le da D. Práxedes quince y raya, porque se le da un ardite lo mismo de las armas que de las maldiciones.

Y basta de citas y de historia, porque este sería el cuento de nunca acabar, como la deliciosa convalecencia de nuestro héroe, adivinado por Mariana en D. Enrique III y por Molière en *El enfermo imaginario*.

Cuando CALÍNEZ sepa á ciencia cierta que le van á hacer académico de la Historia como al marqués de Ayerbe ó al de Monsalud, entonces será cosa de ampliar estos apuntes comparativos, porque no están los tiempos para trabajar en balde.

Sirva de *mot de la fin* á estas *Vidas paralelas* la afirmación de que si D. Enrique III tuvo que empeñar el gabán, el *Doliente* de ahora, escarmentando en la cabeza de su homónimo, hará todo lo posible por guardar su ropa, lo cual no es óbice para que vea empeñar, si esto sigue, todos los gabanes de Castilla menos el suyo.

## LOS BANQUETES DEL GENERAL

Don Valeriano Weyler ha querido ser espléndido, que es como si quisiera ser chato Sánchez Toca, hombre grande Castellano ó Silvela grande hombre.

El día de Navidad y como regalo propio de esa época del año, recibió D. Valeriano tres kilómetros de sobreasada que le remitieron de Mallorca. ¡Qué iba á hacer el general con tres kilómetros de sobreasada no montando en bicicleta!

Entonces tuvo la feliz idea de ser espléndido por probar de todo en esta vida y cuando andaba madurando ese proyecto, una carta que recibió del administrador de una de sus infinitas posesiones de Cataluña, le decidió á la inmediata realización de aquel.

Decíanle en esa carta que todos los pollos de la posesión se iban muriendo de una enfermedad contagiosa y rara. El general contestó: «envíemelos usted, pues, ya que han de morir que se los coman mis amigos.»

De este modo, con los tres kilómetros de sobreasada y los pollos contagiados organizó D. Valeriano sus banquetes y fué espléndido por la primera vez de su existencia.

Dividió á sus amigos y futuros comensales en cuatro tandas de á veinte amigos, porque el comedor de la casa no da más de sí, pareciéndose en esto al dueño, y los fué invitando á la *sobreasada*, después de partir los tres kilómetros de ésta en cinco trozos, pues el quinto se lo reservó para la cuesta de Enero.

De los pollos que le mandaron de Cataluña llegaron muertos la mitad, con gran contentamiento de D. Valeriano, quien restregándose las victoriosas manos decía: «¡los muertos no comen!» Verdad tan inconcusa en Cuba como en la Península.

Y dispuestos los *menús*, según ahora diremos, dieron principio los banquetes.

En el primero se sirvió:

- Sopa de sobreasada.
- Menudillos de pollo.
- Sobreasada frita.
- Filetes de ave.
- Alcachofas rellenas de sobreasada.
- Pollo asado.
- Sobreasada helada y
- Cabezas de pollo en dulce.

¡La comida resultó espléndida! A su terminación, algún comensal quiso saber el número de los que se sentaban á la mesa y el anfitrión dijo enseguida: «¡Sacaremos la cuenta!»

—No se tome usted esa molestia, mi general—le decían los comensales—pero D. Valeriano, firme que firme en sacar la cuenta, y hasta que la sacó no estuvo tranquilo.

—Somos veinticinco—dijo.—Tocamos, por consiguiente, á cinco metros de sobreasada.

Los comensales, que ya se habían echado mano al bolsillo para satisfacer su escote, se quedaron más satisfechos que éste al escuchar las últimas frases del general. ¡Hubo duro que hasta entonces no respiró tranquilo!

El anfitrión presidió la mesa vistiendo la famosa guerrera que le sirve desde que era subteniente y por cuyas mangas ha pasado todo el escalafón general del ejército.

¡Y decir, como dicen algunos maliciosos, que es agarrado un hombre que gasta tanto las prendas de vestir! ¡Cuántas calumnias corren válidas por esos mundos!

En suma, los banquetes del general harán época como la hicieron los de Lúculo, y la esplendidez y generosidad del anfitrión pasará á la Historia.

Pues es lo que decía D. Valeriano á la conclusión de su primer banquete. ¡Ahora, señores, á cada uno un palillo, auuque digan que soy un derrochador mis enemigos políticos!

## IDICHOSOS ELLOS!

No hay en este mundo seres más dichosos que los abonados del teatro Español á lunes clásicos y viernes de estreno.

El último viernes de estos, la compañía de príncipes de la sangre que dirige Mario y capitanea Sila, estrenó *El desdén con el desdén*, obra preciosísima de un joven principiante que demuestra grandes aptitudes para la escena.

El viernes anterior había estrenado la misma compañía una comedia titulada *Muñete y verás*, de un tal Bretón de los Herreros, muchacho también primerizo, que llegó á Madrid en plena juventud del Conde de Cheste, y se ha pasado cerca de sesenta años planeando su citada producción dramática.

Por fin tuvo el gusto de verla estrenar hace dos viernes en el antiguo Corral de la Pacheca, y el público de los estrenos, ese todo Madrid que, según los reviseros, acude á estas solemnidades, premió con sus aplausos la fecunda labor del Sr. Bretón, que es un muerto joven y hará su camino si continúa estrenando los viernes del Español obras como la que tantos plácemes le valió hace dos semanas.

Pero no tienen nada que envidiar los abonados á los lunes clásicos á sus congéneres de los viernes de estreno.

El último lunes púsose en escena la obra más clásica de nuestro siglo de oro, ó sea *El regimiento de Lupión*.

Nada hemos de decir de esta producción dramática, traducida á todos los idiomas y representada como la obra maestra de nuestro teatro clásico, por cuantos críticos nacionales y extranjeros se han ocupado de la dramática española.

El autor de *El regimiento de Lupión*, ó sea D. Pablo Parellada, conocido también por el pseudónimo de *Melitón González*, fué contemporáneo de Lope de Rueda y en su juventud se dedicó á la milicia. Después se entregó furiosamente á la producción de monos, corriendo diversas aventuras que según algunos biógrafos, le condujeron á profesar en una orden religiosa, si bien hay otros que sostienen que vivió siempre en el siglo. Está sepultado en Valladolid con mando en la Comandancia de Ingenieros Militares.

*El regimiento de Lupión*, con no ser, á nuestro juicio, su mejor obra, es indudablemente una obra clásica y como tal figura en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.

Para el próximo viernes se anuncia el estreno de *Don Juan Tenorio*, obra de autor incógnito, y para el inmediato lunes la representación de la reputadísima obra clásica *La muralla*, no puesta en escena desde los comienzos del siglo xv.

Felicitemos á los abonados á los lunes clásicos y viernes de estreno del Español.

¡Con mucho menos motivo figuran otros en los sucesos como víctimas del timo del portugués, y á ellos ni siquiera les saluda D. Ramón Guerrero!

## LA DISPUTA DEL SIGLO

Como en España no tenemos, por fortuna, asuntos graves de qué tratar, andamos trastornados y revueltos sin saber á punto fijo cuándo empezará el siglo que viene.

Para CALÍNEZ la cuestión no admite duda.

El siglo xx (que como ven ustedes; ya no puede ser siglo más desparrado), empezará el día que empiezan aquí todas las cosas: el día menos pensado.

Pero como la cuestión no es solamente española, sino europea y aun universal, como ustedes me apuren un poco, hay que estudiarla con mucho cuidado y desde las más empingorotadas esferas.

En Francia andan preocupados y mohinos como aquí, á juzgar por lo que dice un periódico, el cual afirma que el sabio Berthelot es partidario acérrimo del año 1900 contra el 1901 que es el favorito en esta carrera de siglos, mucho más rápida que carrera de caballos.

El problema, en resumen, es el siguiente:

El siglo xx ¿empieza como creó la generalidad al sonar las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1900, ó con la última campanada del año actual, que aun ha de dar muchas?

Desde luego, no nos parece muy bien que el siglo empiece tan á deshora, pero esa es la costumbre y hay que respetarla.

Sabemos—y no es poco saber dado lo intrincado del problema—que de un modo ó de otro, el siglo próximo tiene que empezar en 1.º de Enero y en manera alguna en 1.º de Marzo ó de Octubre, aunque si hubiera de ser siglo metódico y bien ordenado debería empezar en 1.º de Julio, que es cuando empiezan los años económicos de por acá.

Y vean ustedes por donde volvemos á empequeñecer la cuestión con reflexiones puramente españolas, pero ¡es tan difícil renunciar al medio ambiente!

Mucho más cuando nos hemos quedado sin el otro medio.

Por otra parte, el ejemplo de Berthelot nos hace desconfiar de los sabios extranjeros. Preferimos á los nacionales (y si es posible con morrión), entre todos los que trotan estos días por encima de la era cristiana.

Y claro es que tratándose de consultas, éstas tienen que ser dirigidas á los hombres políticos que son los que en este país saben de todo, que ocupan todas las presidencias habidas y por haber, entrando por derecho propio lo mismo en el círculo de Bellas Artes que en la Academia de la Lengua, lo cual es ya tentar la lengua demasiado.

Si hemos de ser sinceros, la autoridad irrecusable, la autoridad número uno para resolver el asunto que se discute, nos parece que es la del Sr. Nocedal.

*El Siglo Futuro* es suyo.

Por eso, sin duda, espera con tanta tranquilidad al siglo que viene para ser el hombre del siglo.

No sabemos si existe todavía *El Siglo* de Nido.

En tal caso, ahí tendríamos otra autoridad.

Y no floja.

Como que de ella se han caído estos días muchos cronólogos.

Existiendo también, lo mismo en Madrid que en provincias, muchos cafés de «El Siglo» y bazares de «El Siglo» y sastrerías y otras tiendas de «El Siglo» ¿no es cosa de que se reúnan otra vez las Cámaras de Comercio?

Siendo como es una cuestión batallona, ocioso es afirmar que de ella se ha tratado en los banquetes de Weyler, ese César transformado en Vitelio.

—Señores—dicen que dijo D. Valeriano alzando la copa y bajando la voz—¿cuándo les parece á ustedes que empecemos el siglo que viene?

—No, por Dios,—respondió un comensal—que no empiecen ya nada; que lo guarden para otro día si es cosa que puede conservarse.

Silvela también es voto de calidad.

Dispone de *El Tiempo*, y en este caso de medidas del tiempo se trata.

Mas ¡ay! que Polavieja, al prestarle su apoyo, le ha prestado también sus gafas negras.

—¿Cuándo cree usted, D. Paco,—le dijimos—que llegará el siglo que viene?

—Pues hombre—nos respondió—según el paso que traiga; porque ¡la verdad! viene todo ahora tan despacio ..

¡Pobre D. Francisco!

Está fuera del siglo, como las santas y beatas monjas de quienes es comentarista y glosador.

No hay camino mejor ni más seguro que consultar el asunto con D. Práxedes.

—Diga usted, señor presidente, ¿cuándo empezará el siglo xx?

—Ya lo verán ustedes en la *Gaceta*.

¡Y será capaz de anunciarlo él!

Porque ya no cabe duda que D. Práxedes es el presidente del Consejo *per sécula seculorum*.

Amén.

## ... y no va más

El Sr. Pi y Margall cree que no son necesarios más que tres ministerios: el de Estado, el de Gobernación y el de Hacienda.

No es cosa muy fácil suprimir de un golpe cinco carteras.

Pero tampoco es imposible, habiendo traído á Madrid á ese Domenech.

A ver si este señor resulta complicado en la Regeneración, ya que no en el asesinato del cura.

Pero ¿qué suerte tiene D. Práxedes!

«Según los datos publicados por la prensa de Valencia, se eleva á cuarenta y cinco millones de kilogramos la cantidad de naranja embarcada en aquel puerto durante el pasado mes de Diciembre.»

Todos esos naranjazos se ahorra el Gabinete á la hora de caer.

Vida nueva:

«Para ensayar el cultivo del tabaco en nuestra Península se ha acordado que en el próximo mes de Marzo se hagan experiencias en cinco zonas, que son Bilbao, Castellón, Granada, Málaga y Valladolid.»

A las naciones extranjeras se les hará la boca agua.

Porque claro es que en cuanto esté toda España sembrada de tabaco...

Pues ¡se fuman á la Península!

¡Que si es listo el ministro de Estado!

Para saber noticias de las Carolinas se ha valido no solo de nuestros agentes en el extranjero, sino de las casas comerciales que mantienen relaciones con la Micronesia.

Pero, señor, ¿cómo diantres habrá averiguado estas cosas el duque de Almodovar del Río?

No faltará banquero importante que, admirado y temeroso al mismo tiempo, visite al señor duque para decirle:

—Sí señor, yo tengo relaciones con la Micronesia, pero no se lo diga usted á mi mujer.

Telegrama de Bilbao:

«Se han declarado en huelga 180 obreros que trabajaban en el tranvía aéreo situado en el barrio de Arcocha y propiedad de los Sres. Martínez Rivas.»

—¿Lo ven ustedes?—dirá Capdepón adelgazando visiblemente—¡el orden público está en el aire!

Otro telegrama:

Paris 7 (9,12 m.)—*Le Matin* publica una conversación que uno de sus redactores ha celebrado con uno de los delegados españoles de la comisión de la paz, el cual todavía no ha salido de Paris.

Y ¿á qué espera?

¿A echar otra firmita?

Banquete de generales en casa de Weyler.

Comida de generales en casa de López Domínguez.

Reunión de generales de la armada en casa de uno de la clase.

Segundo banquete de generales en casa de Weyler.

Con razón afirman los órganos oficiosos que en ninguna de estas reuniones puede verse nada de particular.

Dicen de Londres:

«El corresponsal en Washington de *The Standard* telegrafía á dicho periódico que las negociaciones entre Alemania y España para la cesión de las islas Carolinas, han terminado ya.»

Pues de esto no sabíamos nada.

Ha sido una negociación á cencerros tapados.

Y á propósito de cencerros.

¿No les parece á ustedes que nosotros, el pueblo soberano, estamos haciendo el cabestro, pero en grande escala?

No corre prisa:

«El ministro de Ultramar tiene ultimado el decreto de supresión de aquel ministerio y la organización de algún servicio que debe continuar.»

Aunque no se nombra, ya suponemos cuál será ese servicio que debe continuar.

El servicio de mesa.

Los personajes políticos se pasan estos días sobre los pedestales de la plaza de Oriente hechos unos Sisenandos.

Vieron entrar la otra mañana en Palacio al señor Romero Robledo y empezaron en seguida los chismorreos y las murmuraciones:

—Pero ¿qué pinta Romero en Palacio?—se decían unos á otros los del acecho.

Y Romero, tan fresco como siempre, lo oyó y dijo, aun á riesgo de que se encabritase todavía más el caballo de Felipe IV:

—Yo no sé si pinto ó no pinto; pero he venido á Palacio como presidente del Círculo de Bellas Artes.

Dice un colega después de dar la lista de los invitados por el general Anfitrión (antes Weyler):

«Sucesivamente irán comiendo ó almorzando con el general otros, no haciéndolo todos de una vez porque el comedor del ilustre general no tiene capacidad más que para reducido número de personas.»

Se trata, por consiguiente, de un banquete por secciones como las funciones de Apolo ó de la Zarzuela.

Todo género chico.

La Comisión permanente de las Cámaras de Comercio ha enviado un recordatorio al Gobierno.

Como si nó.

El Gobierno es un desmemoriado absoluto.

No se acuerda ni de marcharse.

## NUESTRO ALMANAQUE

Se ha agotado mucho antes que la paciencia de los españoles, y hemos tenido que hacer una tirada extraordinaria y fuera de abono, con moldes nuevos, como las comedias que se estilan y se silban ahora.

Lo avisamos á nuestros corresponsales para que se sirvan hacer sus pedidos antes de que sobrevenga un nuevo agotamiento, que ya tendría consecuencias irremediables.

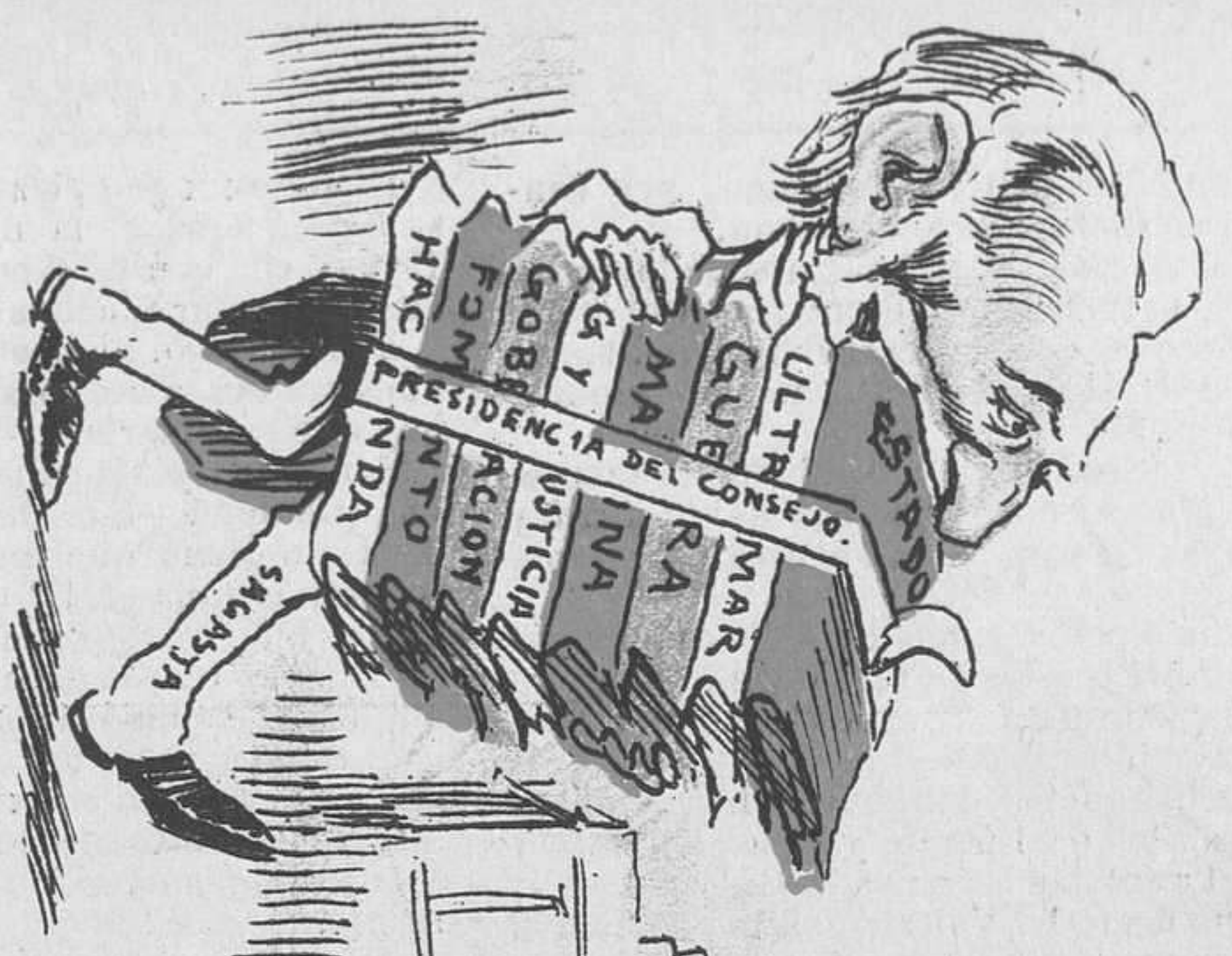
Ejemplares, lo mismo sueltos que codo con codo,

UNA PESETA

Imprenta de EL ENANO: Arco de Santa María, 8.

# CRONICA DE LA SEMANA

## El carterista



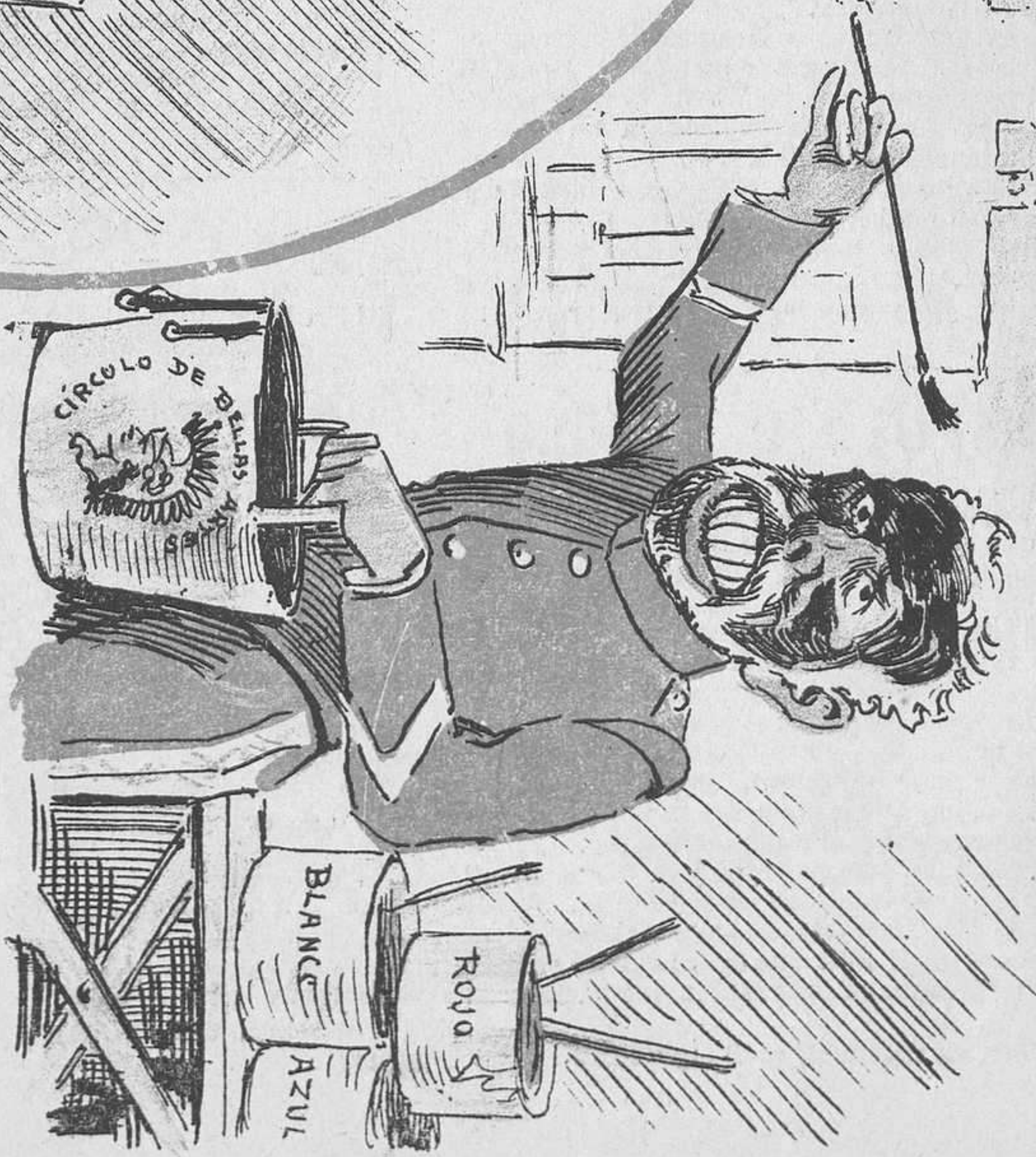
Afortunadamente no ha tenido que ver nada con el cura...

## Matrimonio por sorpresa

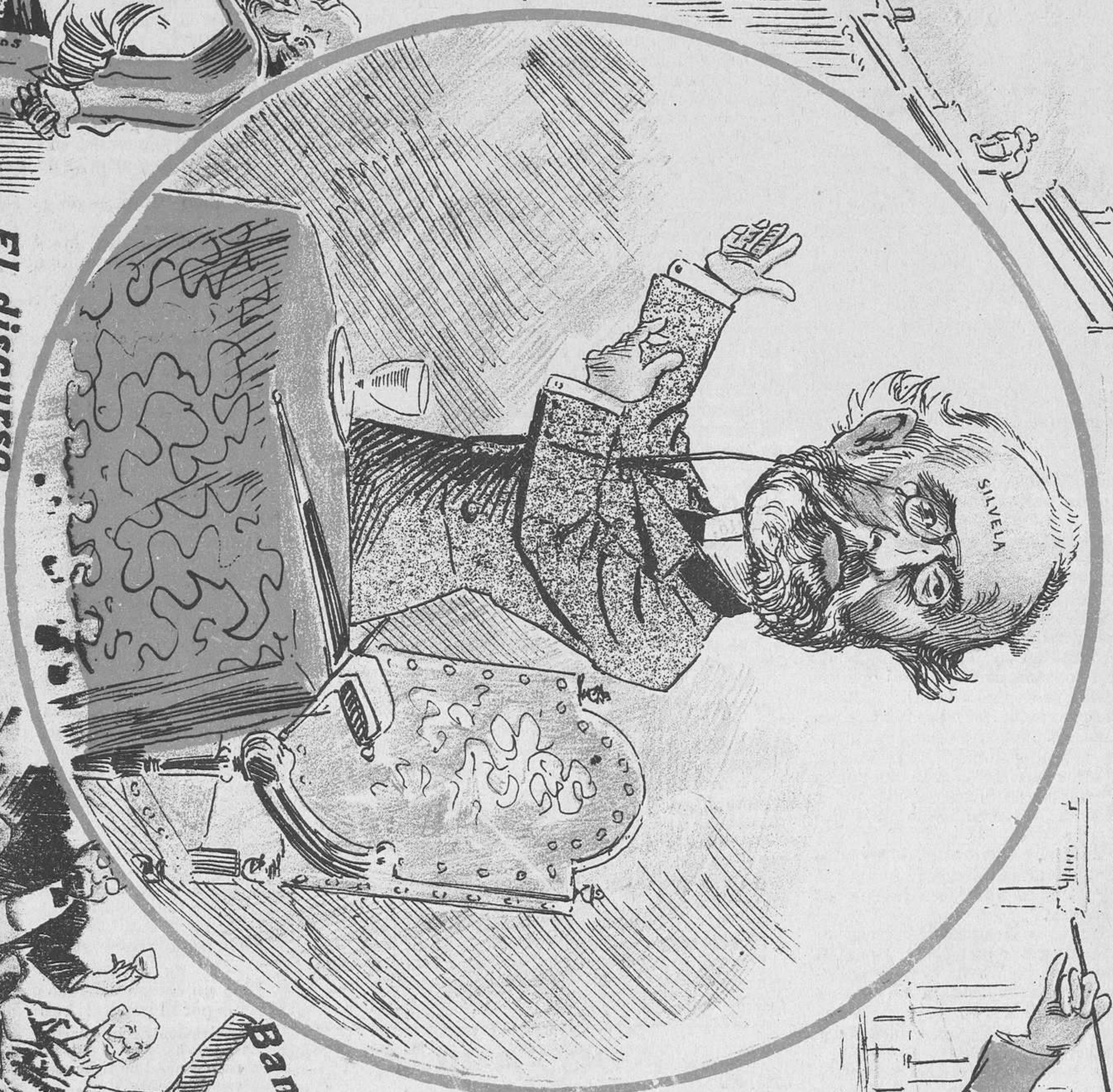


Al volverse este cura le dijeron que se querían por esposos y el celebrante respondió: ¿Y á mí qué? que los casaren juntos

## El negro del sermón



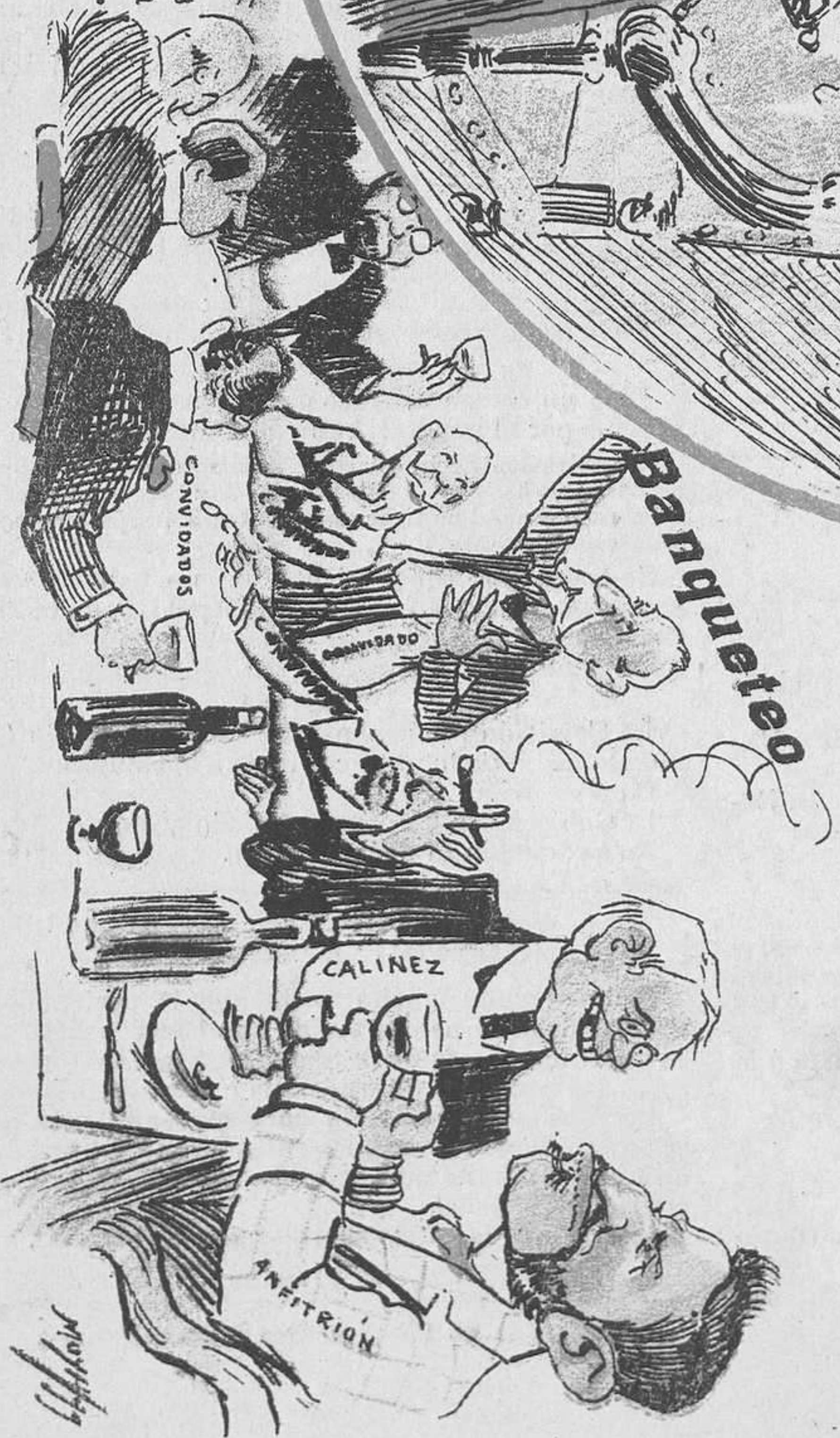
A ver si así me llaman desde arriba.



## El discurso

—... primero me casé con la Verdad, más tarde me casé con Pidal, después me casé con Polavieja, ahora me caso con veinticinco... el que me quiera seguir que me siga.  
(Sensación entre los estetas silvelistas.)

## Banqueteo



—Qué te parece este vino, amigo Calinez?  
—Muy diferente del que se bebía años atrás; aquel hacía perder la cabeza.